

FREDERICK A. DE ARMAS Y LA LETRA EN SUSPENSO. CUATRO MUJERES QUE QUIEREN ESCRIBIR EN LA CUBA PRERREVOLUCIONARIA

DELFINA MORGANTI HERNÁNDEZ¹

El *abra del Yumurí* de Frederick A. de Armas (Madrid: Verbum, 2016) es una de esas novelas cargadas del peso estético de la intertextualidad. En efecto, el permanente diálogo con otras obras de la historia, el arte y la literatura hace que valga la pena leer esta novela con todos los sentidos bien despiertos. Carolina Vívez, una aristocrática viuda en sus cuarentaitantos que, en 1958, vive en “uno de los más codiciados repartos de La Habana” (15), despierta una mañana ansiosa por salir en busca de un cuadro que vio en sus sueños y que la ligará, desde entonces y a lo largo de toda la novela, a la leyenda cubana que ese mismo lienzo relata.

Quizá sea este el momento apropiado para advertirle al lector que, en las páginas siguientes, no voy a detenerme en explicar la leyenda ni el cuadro ni el interesante vínculo entre realidad y ficción que forja el autor sin pretensiones de historiador ni de retratista de la Cuba de 1958. Tampoco voy a ahondar en los cómo y porqués de Frederick A. de Armas para hacer converger en una obra de ficción aquellos fragmentos de una novela que comenzara a escribir su ma-

¹ Escritora, traductora e intérprete de inglés. Integra el equipo de comunicación de la Asociación de Profesionales en Marketing (APMKT) de Rosario. Cursó estudios en Letras (Universidad Nacional de Rosario) y Publicidad (ISET N.º 18, Rosario), y disertó en congresos de traducción y literatura. Autora de *Objetividad. Fidelidad. Invisibilidad. Un ensayo a propósito del discurso de la traición en traducción literaria* (2017).

dre, Ana Galdós, y que él retomara desde una perspectiva propia y, a la vez, íntimamente relacionada con la esencia de esa madre cuyo legado no pasará desapercibido para el lector que se detenga en los epígrafes de cada capítulo. No; este ensayo no pretende plasmar ese tipo de análisis, sino que apunta a despertar en el lector un interés por aquello mismo que ha llamado mi atención al leer *El abra del Yumurí*: sus mujeres tan decididas a escribir y, al mismo tiempo, no tanto.

La periodista

El primer personaje femenino que destaca por su rol de escritora es la protagonista, Carolina Vívez. Vívez escribe artículos para el *Diario de la Marina*, el periódico local y, al parecer, sus notas son muy bien recibidas por la gran mayoría de la sociedad habanera. El narrador de la novela nos revela que Carolina “[s]ólo en la escritura mostraba su verdadero ser y se dedicaba a ella con tanto ahínco que se constituía en figura solitaria a consecuencia de un excesivo poder de concentración que la aislaba” (22). Dado que la participación de Carolina en el periódico habanero consiste en un artículo semanal, podría decirse que este personaje escribe con relativa constancia o frecuencia porque tiene un compromiso laboral que la mueve a hacerlo. No obstante, los temas a los que refiere en sus artículos y el hecho de que rechaza la oferta de duplicar la frecuencia de sus publicaciones en el periódico nos dan la pauta de que Carolina no vive de la escritura como profesión porque no lo necesita. Así, algunas veces hace de cronista y otras de columnista, y del editor no sabemos más que el hecho de que está complacido con sus artículos porque son muy leídos. En efecto, Carolina tiene la libertad de escribir prácticamente de lo que quiera, desde un viaje a una casa de antigüedades y los misteriosos objetos que esta guarda en Matanzas, hasta sus propios ideales de libertad y rechazo de la violencia como vector del cambio social.

Hasta aquí, el rol de Carolina Vívez como escritora suena muy cómodo y atractivo, pero, a pesar de las libertades de las que goza como colaboradora del periódico, no deja de ser presa de la insatisfacción o, por lo menos, no se conforma:

Ni siquiera los artículos que escribía semanalmente para el Diario de la Marina le parecían tener trascendencia. Los escribía bajo el seudónimo de Felis Leona, pues cuando niña, sus hermanos, refiriéndose a sus larguísimo cabellos rubios que revoloteaban en el aire, la llamaban “la leona”. Pero eso era entonces; ahora necesitaba más (48).

La recopiladora de leyendas

Con un perfil crítico similar, pero con un interés escriturario distinto, encontramos a Paule, la amiga francesa de la protagonista que está viviendo en casa de la señora VÍvez mientras anda a la pesca de diversos relatos habaneros para incluir en un libro de leyendas tropicales. En este sentido, Paule está en el lugar adecuado en el momento indicado, pues ya le dirá Paule a su amiga que “[h]ay más leyendas en Matanzas que en el resto de la isla” (26).

A diferencia de la frecuencia y los motivos periódicos de Carolina para sus artículos, la escritura de Paule se nos revela como una actividad dilatada; parece que hace años que Paule empezó a coleccionar leyendas para su compendio y aún no lo termina. Es que Paule está a la pesca de esa gran leyenda que por fin dará sentido al resto de su colección. Así es que, al volver de uno de sus viajes a Matanzas, siente que cuenta con material suficiente para sentarse a escribir. Sin embargo, hay algo que la frena, que la frustra:

Paule, encerrada en su habitación, se dirigió inmediatamente a su máquina de escribir. Quería comenzar un nuevo capítulo de su libro *Leyendas tropicales*. Sería un capítulo sobre el buen tiburón. Comenzó a escribir de su encuentro con Pedro, pero pronto se frustró, pues no acababa de comprender bien la leyenda del buen tiburón [...] Tendría que averiguar más y no quería regresar a casa de El Tiburón. Tenía que admitir que había algo allá que la llenaba de terror. Ese hombre con sus veladas profecías, con su odio, con sus tormentas le cambiaba la hermosa visión de este paraíso tropical. A lo mejor, debía enfrascarse en el capítulo sobre el fotuto después de llamar a Odette (49).

La panfletista

En tercer lugar, conocemos a la joven y escultural Odette, una muchacha de padre cubano y madre francesa, y amiga personal de

Paule. Odette es un auténtico espíritu libre con alma de escritora rebelde que cree en “una nueva Cuba” y en sus “camaradas” (159).

La militancia de Odette en este sentido es vehículo de episodios harto relevantes en la obra, pero si la analizamos como mujer escritora, tenemos que circunscribirla a la propaganda política que ejerce a partir de sus panfletos.

Así, mientras que para Carolina hace falta “un grupo de intelectuales reformistas” y “personas de cultura que piensen en serio, que establezcan nuevas reglas basadas en las nuevas filosofías europeas” (51), para Odette “la violencia es necesaria para cambiar la sociedad” (ídem).

La cronista histórica

Por último, *El abra del Yumurí* retrata también a la Condesa Benavides. A diferencia de Carolina, Paule y Odette, la Condesa es un personaje-narrador en acción dentro de la novela: mientras que de Carolina, Paule y Odette *leemos* que escriben, de la Condesa *leemos* sus escritos. Este fenómeno metaficcional hace que, de un momento a otro, el lector de *El abra del Yumurí* se encuentre leyendo un cuento dentro de una novela; un cuento escrito por un personaje de *El abra del Yumurí*.

Si bien la Condesa no escribe sola, pues cuenta con un coautor o ayudante –Fernandito, su secretario y amante– es ella quien tiene especial fascinación por el tema de la ficción que se inmiscuye en la ficción misma de la novela. El tema del relato dentro del relato es la historia de uno de los abanicos de la reina francesa María Antonieta. Precisamente por referir al abanico de un personaje histórico, el recurso metafictivo plantea para la Condesa y su secretario un problema de género: ¿es historia?, ¿es cuento?, ¿será una novela? Aún no lo han decidido.

Como Carolina, como Paule, la Condesa tiene una necesidad imperiosa de escribir y, a pesar de ello, las ganas no son suficientes. No puede hacerlo sola; requiere de Fernandito, a quien colma de interrogantes sobre cómo convendría continuar con la historia:

Pero, ¿qué piensas? ¿Debemos terminar la historia así o añadirle otro capítulo? ¿Debemos buscar los diferentes dueños del abanico y contar su histo-

ria? ¿Podemos explicar cómo puede capturarse la magia del este precioso objeto? ¿Debemos contar cómo heredé el abanico y la buena suerte que me ha traído? ¿La belleza de mi difunto esposo, su bondad? ¿Y qué decir de tu maravillosa figura? Me das tanta alegría, tanto placer. Bueno, creo que esto último tendrá que permanecer en el archivo secreto. ¿Cómo terminaremos esta historia? (119)

La espera

A partir de las citas que recogí anteriormente, es posible entrever cierto malestar en cada una de estas cuatro mujeres escritoras de *El abra del Yumurí*. Carolina disfruta de sus colaboraciones semanales, pero ansía algo más, alguna aventura; Paule dice que está escribiendo un compendio de leyendas, pero son pocas las escenas en que la vemos escribir y, cuando escribe, son menos aún aquellas en la que se deja llevar por la concentración que sí se apodera de Carolina; Odette, si bien parece ser la más entregada a una causa que la vincula, necesariamente, con escribir panfletos, no ve en ellos otra cosa que una herramienta más al servicio de la revolución, y la Condesa, que al parecer está ansiosa por terminar *La Historia de un abanico*, apenas pierde la compañía de Fernandito, siente que nunca podrá retomar la tarea.

¿Qué les pasa a estas mujeres escritoras tan deseosas de escribir que no acaban sus proyectos? ¿Qué las detiene, qué las distrae? Puede que la novela resuelva estas incógnitas al mostrarnos las ocupaciones y las distracciones diarias que afectan a cada una a lo largo del año lleno de tensiones que constituye el marco prerrevolucionario de la novela, pero ¿no habrá algo más, algo que, inconscientemente, las obliga a escribir a paso lento, a esperar, a dilatar el momento de sentarse a escribir?

Mi teoría es que, por un lado, la postergación del momento de escribir en los personajes es un elemento necesario para dar lugar a la acción dentro de la novela, pues si estas cuatro mujeres llevaran un ritmo realmente constante como escritoras, el narrador no encontraría el espacio suficiente para introducir los episodios dinámicos que hacen avanzar la historia hasta el final. Por otro lado, si las cuatro escritoras de la novela llevaran a la práctica su deseo de escribir con tanto fervor como aquel con el que lo expresan en determinados pa-

sajes, ¿qué sería de *El abra del Yumuri*? Siendo el caso que las cuatro dedicaran la mayor parte de su tiempo a escribir, sería muy aburrido leer que escriben y no saber qué es lo que escriben, por lo que el autor tendría que recurrir a la metaficción con las cuatro, no solo con la Condesa, y, de este modo, diagramar relatos dentro del relato que fueran relevantes para la trama. Como resultado, todas pasarían a ser personajes-narradores activos, a tal punto que la novela bien podría transformarse en una especie de *Decamerón* del siglo XXI, consecuencia poco eficaz para una novela que no parece aspirar a la metalepsis sino a un *collage* hartamente eficaz de alusiones a relatos orales y escritos, latinoamericanos y europeos.

Por último, existe un motivo más para dar cuenta de estas ganas de escribir concretadas a medias por los personajes que las viven. En el capítulo XI, Carolina conversa con Robertico, un amigo que, además, es cronista social, a raíz de que este planea salir de Cuba para radicarse en Estados Unidos. Robertico le comenta que algún día le gustaría escribir una novela sobre la vida en La Habana, a lo que Carolina responde, un poco más adelante, que ella también “quisiera ser novelista, pero sólo me salen esos tontos artículos satíricos en el periódico” (184). Robertico la consiente replicando que ella es una gran escritora y que puede escribir lo que quiera, y agrega:

La realidad es que todos somos novelistas [...] Digo que todos somos novelistas porque todos tenemos una historia, la historia de nuestra vida. Me imagino a veces todos esos libros, desde el comienzo de la humanidad, que se hallan en una biblioteca celeste donde Dios y sus ángeles se pasan los días leyendo, maravillándose de la creación. En esta biblioteca habría libros famosos, digamos las vidas de Alejandro Magno, de Santa Teresa, de Gandhi. Estos estarían en primera fila, serían los best-sellers de los cielos. Otros, bueno, otros cobrarían polvo. Pero en una esquina veríamos un ángel, llorando tras leer la dura vida de un pobre campesino. En una gran mesa, otro angelito se asombraría ante la maldad de los crueles tiranos y los gánsteres. En el medio, Dios, con una sonrisa benévola, sólo tendría que mirar un libro para recordar toda esa vida. De vez en cuando, recordaría un personaje especial, o simplemente adecuado para el momento, alguien quien él necesitaría en la creación de una nueva historia. Y, con nuevo nombre, lo enviaría otra vez al mundo a escribir otra novela (184).

Ahora bien, ¿no será esto lo que frena a Carolina, a Paule, a Odette, a la Condesa; la vida misma que escriben cuando no están escribiendo? Yo creo haber encontrado la respuesta a esta pregunta incómoda. Por lo demás, queda en manos del lector hacer sus propias averiguaciones al respecto.

